

2890

Sr. Montesinos

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS
CURRINCHES

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. EDUARDO MONTESINOS Y D. LUIS PASCUAL FRUTOS

música de

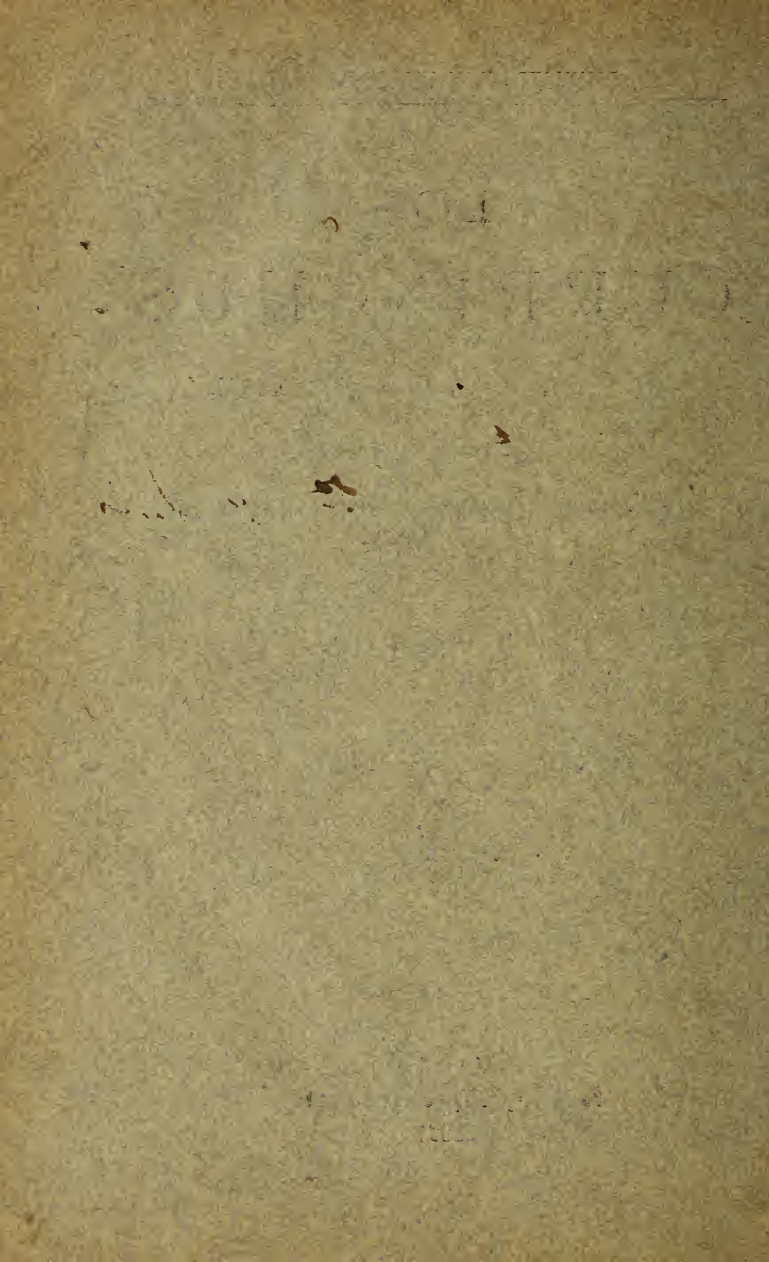
D. MIGUEL SANTONJA



MADRID

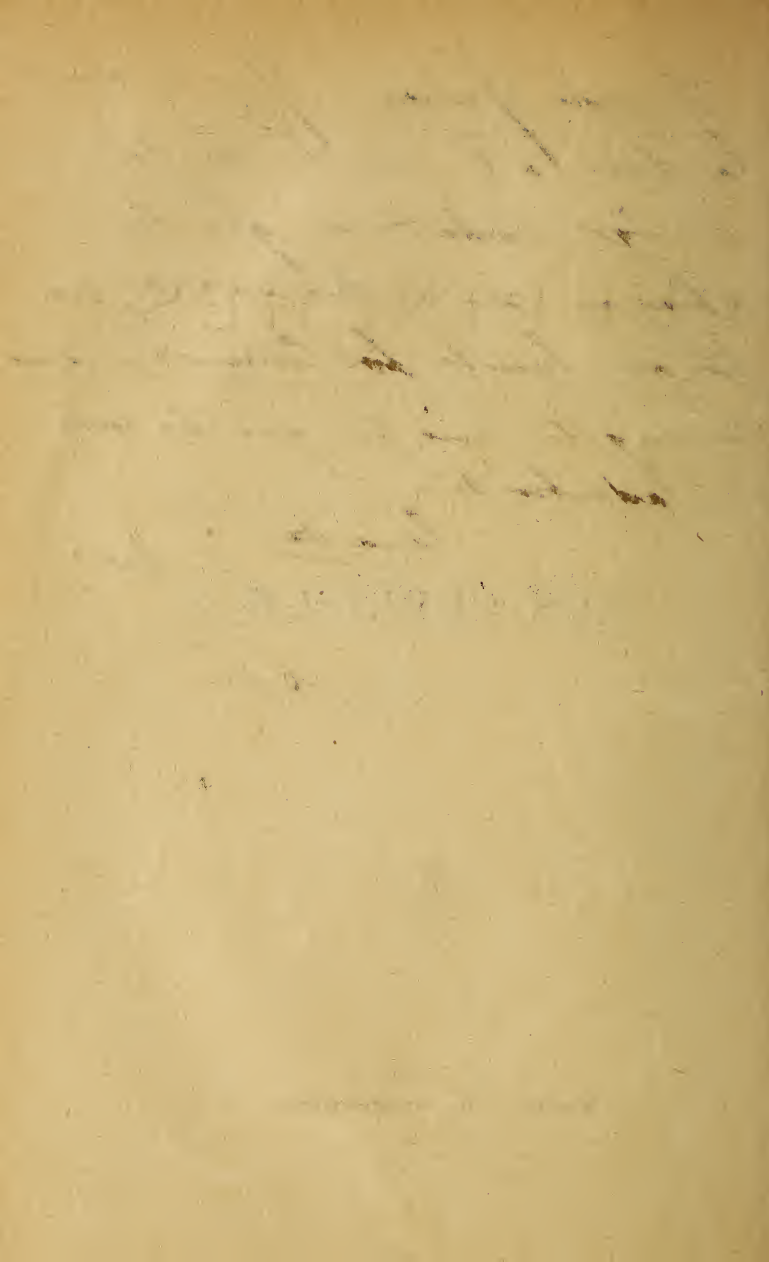
Mayor, 16, entresuelo.

1897



Querido Julian: Que te vamos
a decir a ti nuestro mejor
amigo, nada mas que te
abrazan con entusiasmo, no
por que huieste Los Currinches como
los angeles, sino por que les sale
de adentro sus

Leonardo y Luis
LOS CURRINCHES



ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS
CURRINCHES

JUQUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. EDUARDO MONTÉSINOS Y D. LUIS PASCUAL FRUTOS

música de

D. MIGUEL SANTONJA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Romea
la noche del 15 de Septiembre de 1897.



MADRID
Mayor, 16, entresuelo.
1897

REPARTO

Personajes.	Actores.
DOÑA SOL.	Srta. Irurzun.
BLANCA.	» De Diego.
PORTERA.	» Rodríguez.
PABLO.	Sr. Fuentes.
ALFREDO.	» Corbelles.
PINILLOS.	» Estellés.

Derecha é izquierda del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los que haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de los Hijos de D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS SEÑORES

D. JOSÉ CASTELLÓN Y D. ENRIQUE RIERA

*dedican este juguete en testimonio de sincera
amistad*

LOS AUTORES.

671515



ACTO ÚNICO

La escena representa una habitación muy pobre, desprovista de muebles. A la izquierda un catre con colchón, colcha y una silla á la cabecera, etc. En el centro un baul-mundo. Ventana á la derecha y debajo una mesa, y puerta al foro. Al levantarse el telón aparecen, sentados, en la cama Alfredo, y Pablo en el baúl donde escribe.

ESCENA PRIMERA

PABLO Y ALFREDO.

- PAB. Mira, Alfredo, búscame un consonante á *ido*.
ALF. ¿A *ido*? Ya le tengo. *Cocido*.
PAB. ¿En dónde?
ALF. Digo que ya tengo el consonante.
PAB. Mejor fuera que tuvieras el cocido.
ALF. Y ¿qué te falta?
PAB. El jamón, el tocino, los garbanzos...
ALF. Si digo de la obra.
PAB. Estoy en la escena culminante. Cuando el Rey después de conocer la deshonra de su hija se suicida, metiendo la cabeza en una tinaja.
ALF. Muy bonito, muy bonito; y aquí es cuando encajan bien las seguidillas.
PAB. ¡Pero hombre de Dios! ¡Seguidillas á uno que se está muriendo! Eso está fuera de situación.
ALF. ¿Qué ha de estar? ¿Qué ha de estar? Yo quiero romper los moldes.
PAB. Lo que tú quieres es que te rompan á ti algo.
ALF. ¿No lo encuentras lógico? Pues yo sí. Porque me parece que á un hombre que está al pie del se-

pulcro, no vas á amargarle más en su desgracia, tocándole una marcha fúnebre. Resultan más unas seguidillas con castañuelas y todo. Las muertes son por lo regular tétricas, y yo quiero que ésta sea alegre.

PAB. Perfectamente: lo que tú quieras. ¿Y en qué quedamos de eso del cocido?..

ALF. Escucha.

Música.

ALF. A ver si quiere Dios
que cese nuestro afán,
pues el vivir así
es una enormidad.

PAB. Si logramos estrenar
nuestra zarzuela
y salimos entre aplausos
á la escena
¡qué emoción!

ALF. Po, po, po, po, pon.
Esto se acompaña
con el serpentón.
Po, po, po, pon.

PAB. Lanzarán al escenario
mil coronas
nos aplaudirán la mar
dos mil personas
y al salir

ALF. Ti pi, ti pi, tin.
Aquí viene al pelo
que suene el flautín. (*Silva.*)
Tendremos duros
á centenares.

PAB. Cuántos *bistekes*
voy á engullir.

ALF. Yo alquilo un coche
de seis caballos.

- PAB. Y yo me visto
como un dandy.
- ALF. Iré á Suiza
iré á Stokolmo.
- PAB. Yo á Baden Baden
y á Nueva York.
- ALF. Yo iré en Sleepgin
y en bicicleta.
- PAB. Yo haré del mundo
el gran *record*.
- ALF. Serán todas las tiples
nuestras esclavas.
- PAB. Serán los empresarios
nuestros criados.
- ALF. Yo estrenaré en Apolo.
- PAB. Pues yo en Eslava
- LOS DOS Y seremos de todos
solicitados.
Alternaremos
con Vital Aza
con Celso Lucio
y con Bretón;
y haremos chistes
en las reuniones
de esos que causan
gran explosión.
- ALF. Todo esto si Dios quiere,
pues si llegan á gritar
nos quedamos más perdidos...
- PAB. Más que estamos no será.
- LOS DOS Con que á vivir
con que á gozar
y á ver si logramos
poder estrenar.

Hablado.

- PAB. ¡Qué carácter el tuyo! siempre con ganas de chi-

rigotas, sabiendo que hasta que no terminemos el drama lírico y se estrene, no nos dará dinero el editor.

ALF. *Y en diez años de plazo que tenemos, el editor, tú y yo nos moriremos.*

PAB. Y menos mal que Dorotea, esa criada magnánima, nos proporciona una taza de caldo, una chuleta y medio panecillo diario, lo cual es un tente en pie.

ALF. ¿Y á eso llamas tente en pie?

PAB. Esto lo hemos conseguido, gracias á mi gancho.

ALF. Pues procura que no se te rompa el gancho.

PAB. Su amo tardará todavía un par de meses en volver, y hasta entonces podemos usufructuar de esta levita que, como el drama lírico, tenemos en colaboración. Y todo eso nos pasa por ser tú un calabacín, por ser tonto, por ser.....

ALF. *(Cantando). Por ser la Virgen de la Paloma.*

PAB. *(Cantando con la misma música). Nos quedamos sin pan, pan, pan, pan, pan.*

ALF. Yo necesito estrenar, porque una vez que haya obtenido un éxito, podré aspirar á la blanca mano de Blanca y no verlo todo negro. Su padre quiere casarla con un hombre de talento, por más que la niña me tiene por tonto; pero que se descuide con el tonto.

PAB. Tú lo que quieres es pescar la dote para hacerte todo un caballero.

ALF. *(Cantando). Caballero de gracia me llaman...*

PAB. Pero hasta que estrenemos, ¿qué vamos á hacer?

ALF. Ya encontré el medio. *(Cantando). ¡Ay, qué placer es el tener!...*

PAB: ¿Pero qué?

ALF. Mi suegra.

PAB. Pues eres el único que la quiere tener.

ALF. No es eso. Nos hemos salvado. Mi futura mamá

política es Vicepresidenta de la Asociación Benéfica para socorrer á enfermos graves.

PAB. Pero nosotros estamos bien.

ALF. No, señor; estamos mal. Sobre todo tú. La nariz se te va alargando; la boca se te abre. Tú estás muy malo.

PAB. Pero si no siento nada.

ALF. Pues es necesario que lo sientas y aprovechar las circunstancias. (*Cantando*). *Asómate á la ventana.*

PAB. (*Cantando*). *Cara de limón podrido.*

¿Pero qué intentas?

ALF. ¿Llueve?

PAB. No.

ALF. Pues dame la levita, que voy á salir.

PAB. También es desgracia la nuestra. Cuando sale el uno, tiene que quedarse el otro en casa, por no haber otra levita. ¡Qué de sastrel...

ALF. Eso quisiera yo. Que fuera desastre; pero es del señorito de Dorotea.

PAB. Allí la veo. Está haciendo la comida y acompañando con el almirez al vecino del segundo que se pasa todo el día cantando.

ALF. Es verdad. Ayer cuando me asomé estaba... (*Cantando*). *Luciendo todo lo que Dios le dió.* Pero dame la levita.

PAB. ¿Dónde vas?...

ALF. A decir á mi suegra que venga, que te vea enfermo y que te dé cincuenta duros. Ella es rica y quizás... (*Cantando*).

*Yo de las Indias
traigo un tesoro...*

PAB. ¿Pero qué enfermedad voy á decir que tengo?...

ALF. La... *Menengoencefalitis...*

PAB. La-Menen... filetes... Me va á costar mucho trabajo pronunciarlo.

ALF. Pues entonces... *Broncopneumantía.*

- PAB. ¿Con que *bronco*?... Bronca querrás decir; porque ¡buena se va á armar!...
- ALF. No perdamos tiempo. Métete en la cama.
- PAB. Pero...
- ALF. No olvides que eres un vecino mio que estás enfermo de gravedad y que podemos ganarnos cincuenta duros.
- PAB. Por cincuenta duros era yo capaz de morirme de veras.
- ALF. Bueno, bueno. Cuando oigas ruido, al lecho del dolor. (*Cantando*). Hasta después... Adios...
- PAB. Adiós. (*Cantando*).
- ALF. Adiós. (*Mutis cómico*).
- PAB. Adios. (*Acompaña á Alfredo hasta el foro, vuelve al proscenio, tropieza en el baul y cae al suelo*). Adiós. (*Hablado*). ¡Adiós, ya me he reventado! (*Transición*).

ESCENA II

¡Caracoles!... ¡Ahora es cuando creo que me pongo malo! Aunque me parece que quien se pone mala es nuestra situación, porque no es flojo el lio que va á armar Alfredo. El final ya me lo estoy suponiendo. Una quincena en la Cárcel Modelo y perder nuestros derechos de figurar entre personas honradas. ¡Pero qué caramba! Entre pasar quince días en la cárcel y no poder pasar un día más en esta situación, es preciso pasar por todo. Ea, lo he decidido. En cuanto venga alguien...

ESCENA III

PABLO Y PORTERA

PORT. (*Desde fuera*). ¿Se puede?

PAB. ¡Ay! ¡Ay! (*Quejándose y metiéndose en la cama*).

PORT. ¿Qué es eso, D. Pablo? ¿Está usted enfermo?
(*Saliendo con una tartera, botellas y vasos y dejándolo encima de la mesa*).

PAB. ¿Es usted, Sinforosa?

PORT. Sí, señor. Yo que le subo á usted el alimento diario. Dorotea me ha dicho que hoy no han podido ser más que magras.

PAB. ¡Qué magras tiene Dorotea!

PORT. Y una sorpresa.

PAB. ¿Una sorpresa?

PORT. Me ha encargado que no lo diga; pero como yo no me puedo quedar con nada en el cuerpo...

PAB. Lo mismo me pasa á mí.

PORT. Pues es... calamares en tinta.

PAB. ¿Por qué se ha molestado? Que hubiera mandado sólo los calamares, que nosotros aquí le hubiéramos puesto la tinta. Y la arenilla.

PORT. ¡Ah! Se me olvidaba decirle que ahí ha estado antes á preguntar por usted un joven que quiere... no sé que cosa. Ha ido á un recado pero volverá enseguida. Aquí me ha dejado su tarjeta. (*Dándosela*.)

PAB. ¿A ver? (*leyendo*) «P. Pinillos.»

Hombre, no empieza mal; con un entremés «*Médico*.» El final no me gusta. (*Se sorprende*) Ya está aquí.

PORT. (*Asustada*) Pero, ¿quién?

PAB. (*Agitado*) Es el médico de la Asociación. Cuando venga dice usted que yo estoy muy malo, que deliro, que estoy loco.

- PORT. Pero, señorito!
- PAB. (*Idem*) Que estoy loco. Dame un abrazo.
- PORT. A mi edad.
- PAB. Eso te demostrará que estoy loco.
- PORT. Señorito; si á mi no me han abrazado desde el 63 que murió mi marido.
- PAB. No importa: abrázame, «*nuncio de buenas noticias.*»
- PORT. El señorito *deliria*. ¿Pues no me llama *nuncio*? Con su permiso, me retiro.
- PAB. Bueno; pero que no olvides que estoy gravísimo.
- PORT. ¡Como lo he de olvidar!...
- PAB. Casi con un pie en el Este y el otro... en la prevención.
- PORT. Descuide usted; cumpliré su encargo. Hasta luego. (Estos escribidores tienen unas cosas.) (*Mutis.*)

ESCENA IV

PABLO Y PINILLOS.

- PAB. La idea de Alfredo va surtiendo efecto. Me veo con los cincuenta duros; y con los cincuenta duros, ¡qué tierno por venir! y qué duro está el pan. (*Comiendo un bocado de pan.*)
- PINI. ¿Da usted su permiso? (*Desde el foro.*)
- PAB. ¡Uf! ¡A la cama! ¡Ay! Pase usted. (*Se mete en la cama y empieza á quejarse.*)

Música.

- PINI. ¿Da usted su permiso?
- PAB. Puede pasar ¡Ay!
- PINI. Vaya un compromiso
¡caray, caray, caray!
- PAB. Aproxímese usted, joven,
cumpla usted con su misión.

Yo me encontré muy malito
y en muy grave situación.
PINI. Caracoles, yo me escamo
si se llegá á levantar
y le da el acceso ahora
mé la puedo yo ganar.

PAB. Diga pronto mi diagnóstico.

PINI. Pero qué chiflado está!
Yo no acierto qué decirle.

PAB. Vamos pronto.

PINI. Voy allá.

Yo soy un buen chiquillo
terror de las hermosas
yo soy de lo más pillo
que nadie puede hallar;
si viera usted las cosas
que suelo yo decirles
se ponen imposibles
en cuanto empiezo á hablar.

(*Recitado.*)

¿Me permite usted, lucero?

—No señor; no puede ser.

—Déjeme usted, caballero,
que me va á comprometer,

—Es usted mi solo encanto:

es usted ¡ay! mi ilusión:

yo la quiero tanto, tanto

—Siento una sofocación.

(*Cantado.*)

Y en cuanto la miro

poniéndome así,

se pone loquita,

loquita por mí.

Pues tengo tal gancho

y tengo tal *chic*,

que soy lo más malo

de todo Madrid.

Sí, sí.

Yo á don Juan Tenorio
he dejado así.

Si veo alguna bella
la digo con pasión,
¡hermosa! y ella al punto
me larga un bofetón.

(Recitado.)

En fin; en amoríos
yo no encontré rival,
soy un chico muy pilló.

PAB.

¿Conque pilló?

PINI.

Muy repillo.

Ya puede usted mandar.

Hablado.

PINI. Dispense usted que venga á interrumpir su
trabajos literarios.

PAB. (¿Si creerá éste que yo escribo versos en la
cama?)

PINI. Pero mi misión es muy delicada.

PAB. (Lo dicho: es el médico de la Asociación.) ¡Ay!
¡Ah! *(Quejándose.)*

PINI. Y quisiera conocer su estado.

PAB. Ay caballero; estoy muy malito.

PINI. ¿Qué dice usted?...

PAB. Que estoy muy malito.

PINI. (La portera me dijo que estaba algo loco. Tendré
cuidado.) Usted dispense si le molesto, pero si
hubiera sabido que estaba usted así..

PAB. ¿Pero no es usted de la Asociación Protectora?...

PINI. Sí, señor. De la Protectora de Animales y Plan-
tas, y al visitarle á usted...

PAB. No; si me refiero á la Asociación Benéfica Do-
miciliaria.

PINI. De eso, no señor.

PAB. *(Bajándose de la cama.)* ¿Pues quién es usted?...

- PINI. Pepe Pinillos.
- PAB. ¿Conque es usted P. Pinillos?... (Me lo como, me lo como.)
- PINI. El mismo: pero no me haga usted nada. (*Asustado.*) (¿Le irá á dar eso?)
- PAB. Bueno; pues usted dirá.
- PINI. Pues yo venía porque me han dicho que usted es el que se firma en el *Madrid Cómico* con las iniciales *N. A.*
- PAB. Sí, señor.
- PINI. ¿Será un pseudónimo?
- PAB. Sí, señor.
- PINI. ¿Y qué quieren decir esas iniciales?
- PAB. Pues *N. A.*... *ná.*
- PINI. Eso es una rareza de genio. Yo he leído muchas veces que los grandes poetas tienen genialidades. Hay quien para improvisar tiene que ponerse una cataplasma en la espalda; otros tienen que comerse una barra de cosmético cada vez que hacen un soneto, y hay quien se pasa dos horas dentro de un armario hasta que le suban la leche de burras; por eso, cuando le ví á usted en la cama me dije: *Está improvisando, es un genio.*
- PAB. ¿Y qué le trae á usted por aquí?...
- PINI. Me da mucha vergüenza lo que le voy á proponer.
- PAB. Animo, joven.
- PINI. Yo amo. Ya me entiende usted.
- PAB. Ni una palabra.
- PINI. Y mañana es el santo de una joven de quien espero el dulce *sí.*
- PAB. ¿Sí?...
- PINI. Sí. Pues bien. Yo soy médico, pero no ejerzo porque mi padre me dejó un establecimiento de hilos y cintas al por mayor.
- PAB. ¡Que me alegro!

PINI. Soy dueño de una regular fortuna y me da, me da... vamos, que me da mucha vergüenza...

PAB. Hombre, tener dinero no es para avergonzarse.

PINI. No es por eso.

PAB. ¿De qué se trata?

PINI. Yo hago algún verso que otro.

PAB. Bueno.

PINI. No; muy malo. El establecimiento de hilos me absorbe todo el día. Siempre despachando hilos.

PAB. Pues ya sé cuál es su especialidad. Los ovilleros.

PINI. No, señor; también hago quintillas de seis versos, décimas de once y novenas... á la Virgen del Carmen; pero tengo que escribir en la tienda y no mido bien.

PAB. Entonces se le va á ir toda la parroquia.

PINI. Bueno; para terminar. Quiero que me haga usted una composición dedicada á mi tormento adorado y que yo firmaré.

PAB. ¿Se trata de una declaración? Hay tarifas.

PINI. (Lo dicho, está loco.)

PAB. Para jamonas, cincuenta pesetas; porque son más fáciles de convencer; á las que no han cumplido treinta años, sesenta pesetas, porque están más duras de pelar, y á las jovencitas se les hacen á precios convencionales.

PINI. Pues entonces mi novia es convencional...

PAB. ¿Es rica?

PINI. Muy rica, sí, señor.

PAB. Entonces su novia es de cien pesetas. Verá usted qué composición. La va á llegar al alma.

PINI. Ay, sí, que le llegue. Por el precio no hemos de reñir.

PAB. Pues es por lo único que yo riño.

PINI. ¿Y cuándo empezará usted el trabajo?

PAB. No crea usted que esto es un huevo que se fría. ¿Por qué no me espera usted en el café de Levan-

te?... Ya que ha hecho que me levante... Allí le llevaré los versos y tomamos de paso una friolera.

PINI. Excelente idea. Allí le espero dentro de medi hora.

PAB. Pero deme usted las señas de la niña.

PINI. Es verdad.

PAB. Pase usted al despacho. *(Se sienta en el baul y empieza á escribir. Pinillos se sorprende.)*

PINI. *(Lo dicho; está tocado.)*

PAB. Pase, pase y entorne la puerta.

PINI. *(Vaya un despacho más particular.)*

PAB. Y cómo es la niña?

PINI. ¡Morena! ¡con una cara!...

PAB. *(Escribiendo)* Morena.

PINI. Blanca.

PAB. ¿En qué quedamos? ¿Morena ó blanca?...

PINI. Morena que me quita el sentido.

PAB. *(Poco será.)* ¿Su nombre?...

PINI. Blanca.

PAB. ¿Blanca?...

PINI. Sí, señor. Blanca Rubio.

PAB. ¡Uf, uf! Así se llama la novia de Alfredo. Aquí va á haber una complicación de dos mil demonios. Es preciso prevenirle.)

PINI. ¿Quiere usted más detalles?

PAB. Son los suficientes.

PINI. Pues entonces ya sabe usted donde estoy. Le espero con ansia.

PAB. Mejor es, que me espere usted con un *bisté*.

PINI. Con mucho gusto.

PAB. Y con muchas patatas.

PINI. Y ya sabe que puede disponer de mi establecimiento de hilos.

PAB. No; si no necesito hilos. Lo que voy á necesitar son hilas y las cien pesetas.

PINI. No se apure usted, que todo se andará. Hasta luego.

PAB. Adiós, P. Pinillo.

PINI. Me parece un loco muy simpático. (*Al hacer mutis tropieza en una silla que habrá al lado de la cama*).

PAB. Cuidado no tropiece en la mesilla de noche. Por aquí... Adiós.

ESCENA V

PABLO Y ALFREDO.

PAB. Me ha venido Dios á ver con este P. Pinillo. Y lo que dará de sí, porque tiene mucho dinero. Este P. Pinillo es una granada, y hasta que no reviente ó le reventemos á sablazos, tenemos el pán seguro. A él lo mismo le dará flechazos de amor ó sablazos nuestros. De todas maneras, va á salir muy herido... Pero se me está ocurriendo una idea. Si estoy enfermo, álguien debe haberme recetado... ¿Qué veo? ¿La tarjeta de P. Pinillos? Esta me va á sacar del compromiso. Pero ¿qué receto? Veremos lo que sale. (*Escribe*). «Diez kilos de harina de linaza». «Otros dos de carne de vaca molida». «Tres gramos de aguardiente alcanforado». «Dos gramos de mostaza». «Un bote... para salvarme, porque cuidado que estoy malo». «Cuatro gramos de ácido prúsico». ¿Qué más pongo? Yo creo que esto es inofensivo. «Mézclese y tómese á cucharadas». Ahora la firma. P. Pinillos.

ALF. (*Saliendo*). Ahí están.

PAB. ¿Los pepinillos?

ALF. Mi suegra y mi novia. Anda á la cama.

PAB. Tu... ¡Ay! (*Se mete en la cama y empieza á quejarse*).

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA SOL Y BLANCA.

- SOL. (*Dentro*). ¡Caramba, caramba! Ese hombre vive á las puertas del cielo.
- BLAN. (*Dentro*). Yo estoy sofocada.
- ALF. Pasen adelante.
- PAB. ¡Ay! ¡Ay!
- SOL. (*Entrando y aproximándose á la cama*). ¿Sufre usted?...
- PAB. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Sí.
- BLAN. Pobrecillo.
- ALF. Una gloria del arte verse en tan mala situación!
- PAB. Muy mala. ¡Ay!
- SOL. ¿Qué siente usted?
- PAB. Estar en esta situación.
- ALF. No te pregunta eso. La señora desea saber de qué te quejas.
- PAB. Me quejo de todo el mundo; porque nadie se acuerda de mí, y si no fuera por Alfredo...
- SOL. ¿Y qué le ha dicho el médico?
- PAB. Que tengo mucha razón.
- ALF. No le extrañe á usted que diga estas cosas, porque el pobre lleva quince días sin moverse y sin tomar alimento.
- SOL. ¡Pobrecillo! ¿Con que está usted así?
- PAB. Hace treinta días.
- SOL. Si dice Alfredo que quince.
- ALF. Son quince; pero para él son treinta, porque cada día se le figuran dos.
- SOL. Lo creo.
- BLAN. Pues es necesario que nosotras hagamos algo por él. ¿Tiene usted apetito?
- PAB. ¡Ay! Apetito, no. (Hambre.)

- SOL. ¿Desde cuándo no come usted?
- PAB. He perdido la cuenta.
- BLAN. (*Aproximándose á la mesa.*) Aquí hay una cuenta del zapatero.
- PAB. (*Es la única que no puedo perder.*)
- SOL. ¿Qué dice usted?
- PAB. ¡Ay! ¡Ay!
- SOL. ¿Dónde le duele á usted?
- PAB. Ahí.
- BLAN. ¿Dónde?
- PAB. En el vacío.
- ALF. Ahí le duele, ahí le duele.
- PAB. ¡Ay!
- SOL. Como suponíamos su estado, le traemos azucarillos.
- BLAN. Pero ¿qué comida es esta que tiene usted aquí?
- ALF. La cocinera del segundo que trae siempre alguna cosilla por si la pudiera comer.
- BLAN. Hay jamón.
- PAB. (*Y yo sin saberlo.*)
- SOL. Esto no pueden comer los enfermos. Es muy indigesto.
- PAB. (*¿Qué sabrá esta señora de jamones?*)
- SOL. Así que es preciso que nos llevemos la comida.
- PAB. No. (*Dando un brinco en la cama.*)
- SOL. ¿Cómo que no?
- PAB. Que no... puedo más. Con los dolores... (*Quejándose.*)
- BLAN. Como usted no puede comer, ahora nos llevamos la comida; porque, ojos que no ven, corazón que no siente.
- PAB. (*Si se la llevan, vaya si lo voy á sentir. No; pues yo lo evito aunque tenga que recurrir á todos los refranes.*)
- ALF. ¿Y van á ir cargadas? Lo mejor será que yo las esconda.
(*Coge los platos, los mete en el baúl y echa la llave.*)

- SOL. Cuando venga el médico de la Asociación, él le recetará lo que más le convenga.
- PAB. ¡Ay! Si ya tengo médico.
- ALF. ¿Quién es? (*Asustado.*)
- PAB. ¡Qué compromiso!
- BLAN. Aquí está la receta. (*Riendo.*) P. Pinillos.
- ALF. (Es letra de Pablo. Respiro.)
- SOL. ¿Qué dices, niña?
- BLAN. Que es del pollito que viene siguiéndome hace ocho días.
- ALF. Y yo sin saber nada.
- BLAN. No tengas cuidado, que yo no hago caso de semejante tipo.
- PAB. (Menos mal.)
- SOL. ¿Y es el médico de usted?
- PAB. Me visita gratis.
- SOL. ¿Y las recetas?
- PAB. Las costeo yo, si tengo dinero.
- SOL. Pues me las llevo para traer las medicinas, é inmediatamente, sin esperar á nuestro médico, la toma usted.
- PAB. *R. I. P.*
- ALF. Pero, se van á molestar ustedes...
- BLAN. No es molestia; es un deber de caridad.
- ALF. Pero...
- BLAN. Nada. Cuídese usted mucho.
- ALF. Les acompañaré...
- SOL. No, señor; usted á cuidar del enfermo.
- ALF. ¿Sólo para traer los medicamentos, van ustedes á volver?
- SOL. No faltaba más. Hasta que se cure.
- PAB. (Pues esto es lo que nos faltaba.)
- BLAN. Hasta pronto.
- ALF. Pero...
- SOL. No; no salga usted.
- ALF. No puedo permitir... (*Mutis: Alfredo las acompaña hasta fuera.*) (*Al salir todos, menos Pablo, se*

oyen gritos y voces.) Adiós. (*Se oye ladrar un perro.*)

ESCENA VII

PABLO Y ALFREDO.

- PAB. Gracias á Dios que se han marchado. ¿Y cómo salgo yo... sin la levita? ¿Qué ruido es ese?
- ALF. (*Entrando quejándose.*) ¡Ay!...
- PAB. ¡Ay! (*Metiéndose precipitadamente en la cama.*)
- ALF. No te burles de mi dolor, y mira.
(*Enseña la levita rota.*)
- PAB. ¡Eh!
- ALF. El perro de nuestro vecino.
- PAB. ¿Te ha tirado un bocado?
- ALF. Dos.
- PAB. No veo más que uno.
- ALF. El otro bocado se lo ha dado al jamón. Le llevaba en los faldones.
- PAB. (*Bajando de la cama.*) ¿Qué has hecho, desgraciado?...
- ALF. Le he dado un puntapié, que le he deshecho.
- PAB. Eso me importa poco. ¿Qué hacemos ahora con la levita?...
- ALF. Lo mejor será llamar á la portera para que la cosa.
- PAB. Sí; pero es que la cosa no tiene arreglo. Sobre todo que yo la necesito en estos momentos.
- ALF. ¿Vas á salir?
- PAB. Sí; tengo que ir á Levante.
- ALF. ¿A Levante?...
- PAB. Sí, hombre, sí; á entregar unos versos y á que me entreguen veinte duros.
- ALF. Chico; tú estás muy malo.
- PAB. Nunca he estado mejor que ahora.
- ALF. Pero esos duros ¿quién te los da?

- PAB. El médico.
- ALF. Pero ¿qué médico?
- PAB. P. Pinillos.
- ALF. ¿Te chanceas?
- PAB. Escucha y regocíjate. Pinillos adora á tu novia.
- ALF. ¿Y quieres que me regocije por eso?
- PAB. Atiende. Me ha encargado una declaración de amor en verso y me da cien pesetas.
- ALF. ¡Miserable!
- PAB. Hombre, están bien pagadas
- ALF. El sí que me las va á pagar.
- PAB. No; á quien se las va á pagar es á mí, que soy el que le lleva los versos.
- ALF. Me refiero á la acción.
- PAB. Pues chico; yo la considero muy generosa. Cien pesetas no se encuentran todos los días. Además, he pensado otra cosa. Le voy á llevar copia de los versos que hicimos para tu declaración.
- ALF. Eso ya no me parece mal.
- PAB. Pues envía la levita á la portera para que la cosa, mientras busco el verso y sacó la comida. Dame la llave.
- ALF. Toma y alivia. (*Mutis.*)
- PAB. ¿Quién iba á creer que aquí había un tesoro escondido... bajo llave? Por un lado los calamares en su mar, en su mar negro, y que á mí me parecen de color de rosa; por otro el vino y por otro... ¿por qué lado estarán los versos? Aquí. (*Saca una papeleta de empeño.*) Por un chaleco de mujer dos pesetas. ¡Vaya un chaleco! (*Saca otra papeleta.*) Por un gabán con flecos, cuatro. (*Saca un papel.*) Aquí están los versos. *A Ella.* ¿Y están en limpio? Es lo único que hemos sacado en limpio con todo nuestro talento. En fin, algo se saca.
- ALF. (*Saliendo.*) ¿Te falta algo por sacar?

- PAB. Todo lo empeñado.
- ALF. Me refiero á la comida.
- PAB. Qué impaciente!
- ALF. Cuando se trata de comer...
- PAB. No te preocupa nada. Ni P. Pinillos.
- ALF. No me hables de pepinillos á la hora de comer, sabiendo que abren tanto el apetito.
- PAB. Lo digo por tu rival.
- ALF. También en él me sentiría antropófago.
- PAB. Pues no te sientas así con los calamares, y á la mesa. (*Canta.*)
- ALF. (*Canta.*) A la mesa.
- LOS DOS (*Cantan.*) A la mesa.
- PAB. Oye; dónde colocamos hoy la mesa.
- ALF. Yo creo que en el despacho.
- PAB. Lo mejor es llevarla al comedor.
- ALF. Sí, ese es su sitio. (*Cogen la mesa y la llevan al lado de la cama, donde se sienta uno de ellos y el otro en el baul. Durante el diálogo hasta que sale la portera, se quita el uno al otro la comida y la bebida, ya retirando los platos, ó las botellas, ó la mesa al otro extremo, para colocarla encima del baul y sentarse cada uno en un lado. Esta escena se deja á la discreción de los actores.*)
- PAB. ¡Oh! ¡magnánima Dorotea! ¡oh!
- ALF. Oye, oye. Nada de romanticismo y á beber, á beber y á apurar. (*Cantando.*)
- PAB. Pero dime algo de tu novia.
- ALF. Que le has sido muy simpático.
- PAB. ¿Sí? Pues brindemos por ella.
- ALF. Brindemos. ¡Qué bebida!
- PAB. ¿Y su madre?
- ALF. Muy amarga, pero tiene buen carácter.
- PAB. Más vale así. ¿Y qué me dices del jamón?..
- ALF. Que le faltan dos bocados. Pero tocamos á partes iguales.
- PAB. No. A mí me toca un bocado más.

- ALF. ¿Por qué?
- PAB. Porque el bocado tuyo se lo ha llevado el perro.
- ALF. Hombre; ¡que todo lo haces cuestión de gabinete!
- PAB. Lo hago cuestión de comedor para que tengas más cuidado.
- ALF. Bueno, bueno. Dame lo que me corresponda: lo principal es que se pueda comer.

ESCENA VIII

DICHOS Y PORTERA.

- PORT. ¿Se puede? (*Saliendo*).
- ALF. Vaya si se puede; si esto es la gloria.
- PORT. Pues parece un infierno.
- PAB. Es usted el mismo demonio.
- PORT. Este hombre, como siempre, diciendo diabluras. No hay quién me quite de la cabeza que está loco. (*A Pablo*). Usted no debía comer estando, como está, malo, ¿verdad, don Alfredo?...
- ALF. Sí que lo está.
- PORT. Y luego, como tiene esas alucinaciones.
- PAB. Pero, ¿qué dice usted?...
- PORT. Que está muy malo, y usted va á tener la culpa de que se muera.
- PAB. Señora, venga la levita y vaya usted al cuerno. (*Quitándose la de las manos*).
- ALF. Pero...
- PAB. Y tú con la señora. (*Se pone la levita y hace medio mutis*). ¡Ah! ¿Y el espejo?... (*Coge la aljofaina, la pone encima de la cama y se mira y arregla la chalina*). Esto ya es otra cosa.
- PORT. ¡Qué cosas tiene este hombre!
- PAB. Ea, adiós. ¡Ah! Alfredo. Toma el piano de cola y termina el número. (*Le da la guitarra y hace mutis*).

- PORT. Ja, ja. ¿Pues no le llama piano de cola?... No tiene él mala...
- ALF. ¿Sabe usted por qué lo llama de cola? Por la que va á traer. No la hemos pagado.
- PORT. Ustedes siempre lo mismo.
- ALF. Lo mismo que usted. Siempre con el recibo.
- PORT. Si pagaran...
- ALF. Señora... cuando no pagamos es por tener un deber.
- PORT. No sé cuál será.
- ALF. Si pagáramos no deberíamos.
- PORT. Pues no lo comprendó.
- ALF. Ni falta que la hace, y ea, déjeme en paz, que el arte me llama.
- PORT. ¡Qué le llamará! Tramposo.
- ALF. Si no sé va usted en seguida, le meto una escala en la cabeza. (*Amenazándole con la guitarra*).
- PORT. Voy, voy. Estos escribientes gastan un genio... ¡Ay! ¡Si viviera mi esposo!... (*Mutis*).

ESCENA IX

ALFREDO.

¡Que insoportables son las porteras! Deberían tener más consideración con los genios. ¡Ah! Ya vendrán á nosotros cuando estrenemos el drama lírico. En fin, ensayemos la romanza del rey. ¡Y qué situación más interesante! La princesa se quiere escapar con el paje, y el rey que se ha enterado, para disuadirla canta lo siguiente:

Música.

Uno muchacha serrana
 se fué una tarde á la sierra
 y la sorprendió la noche
 que estaba bastante negra.
 La pobre al verse solita

sintió ganas de llorar,
y por más que daba voces
nadie la vino á amparar.

Por una vereda, ella se metió,
cuando oyó un ruido y se desmayó,
unos bandoleros me la maniataron
y sobre un caballo la depositaron.

Corriendo á todo correr
por entre valles y peñas,
fueron al cabo á parar
á la puerta de una venta.

Y dentro la pobre niña
el desmayo le pasó
y no salió de la venta
y en la venta se quedó.

Cuando yo á tí te quería
ya te lo pronosticaba,
que por fin me jugarías
una partida serrana.

Hablado.

Ajajá. Ahora la niña, al figurarse lo que va hacer
su padre, se mete en la cama y rompe á sudar.

SOL. (*Dentro.*) Llama, niña.

ALF. ¡Uf! Mi suegra. ¿Y qué hago yo ahora?

BLANC. (*Dentro.*) ¿Se puede?

ALF. (*Metiéndose en la cama y cubriéndose con la colcha.*)

¡Ay! A la cama.

SOL. (*Dentro.*) ¿Está usted visible?

ALF. Adelante.

ESCENA X

DICHO, SOL Y BLANCA.

SOL. (*Dentro.*) ¡Ya estamos de vuelta!

(*Entrando.*) ¿Está usted más aliviado?...

ALF. ¡Ay!... (*Quejándose.*)

- BLAN. Pero, ¿qué hace usted con la cabeza cubierta?
- ALF. Estoy sudando.
- SOL. Eso es bueno.
- ALF. Pues yo me siento peor.
- BLAN. ¿Qué siente usted?
- ALF. ¡Ay! La mar de cosas. Siento que me falta la respiración.
- SOL. Pues destátese.
- ALF. No; porque se escaparía, y me faltaría antes.
- BLAN. ¿Y qué dice el médico?
- ALF. Que tengo una *hemoglobitis cardiaca tifoidea con meningitis catarral incongruente*.
- SOL. Y eso, ¿qué es?
- ALF. Una cosa muy larga.
- SOL. ¿Y qué le ha recetado el médico?
- ALF. Pues... eso que han visto ustedes.
- SOL. Sin embargo; en la botica no han querido despacharnos la *pócima*.
- ALF. ¿Por qué?
- SOL. Porque dijo el farmacéutico que aquello debía ser para un animal.
- ALF. Para mí.
- SOL. ¿Cómo para usted?
- ALF. Que, para mí, creo que ha sido una equivocación.
- SOL. Pues mientras viene el médico avisaremos á la portera para que le haga á usted un té.
- ALF. ¡Ay!...
- BLAN. ¿Continúan los dolores?
- ALF. Ahora siento dolores en la cabeza.
- BLAN. ¿Siente usted como si le dieran en la cabeza con algo duro?...
- ALF. Sí, señora... ¡duro y á la cabeza!
- BLAN. Mamá; creo que debíamos hacer algo para aliviar sus padecimientos.
- SOL. Tienes razón. Pongamos los medios. Niña, llama á la portera.

BLAN. Aquí viene.

ALF. (Esta lo descubre todo.)

ESCENA XI

DICHOS, PORTERA.

PORT. ¿Qué ocurre?

SOL. Necesitamos de usted. El señor está peor.

PORT. Si ya lo decía.

BLAN. ¿Qué decía usted?...

ALF. ¡Ay!...

PORT. El señor está tocado.

SOL. ¿Y cómo sabe usted eso?

PORT. Antes le he visto beber mucho y comer más.

SOL. ¿Y comer? Eso está mal hecho.

BLAN. Pero ¿ha comido el jamón?...

PORT. De todo.

SOL. ¡Desgraciado! Entonces lo que tiene es un cólico miserere.

ALF. (El *Miserere* es el que me van á cantar ahora.)

¡Ay!

PORT. ¿Dice usted que tiene un cólico *miserable*.... No señora; lo que tiene es una locura de dos mil demonios.

BLAN. ¿Loco?...

ALF. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (*Da brincos en la cama.*)

ESCENA XII

DICHOS Y PINILLOS.

PINI. ¿Se puede? (¡Ella!)

BLAN. (¡El!)

SOL. Doctor...

ALF. (Esto se pone grave.)

SOL. Es necesario que le atienda en seguida.

- PINI. Pero ¿se ha puesto peor?
- PORT. Rematado.
- SOL. Pero, ¿qué tiene?
- PINI. Está loco.
- ALF. (Me salvé.) ¡Uf! ¡Uf! (*Se mueve mucho en la cama*).
- PINI. (*Asustado*). ¡Que le da, que le da el ataque! Salgamos de aquí.
- SOL. No, señor; usted se queda con el enfermo.
- PINI. ¡Señora, que me va á matar!...
- BLAN. Mejor.
- SOL. Morirá usted en el cumplimiento de su deber.
- PINI. Señora, que soy muy joven.
- ALF. ¡Uf! ¡Uf!... (*Idem*).
- PORT. Que le da más fuerte.
- ALF. ¡Doctor!... ¡Ay!...
- SOL. Acuda usted, que le llama.
- PINI. Pero...
- ALF. Doctor... (Esto me salvará).
- PINI. Voy, voy. (*Se acerca con miedo*).
- ALF. Doctor... me muero... ¡Ay!
- PINI. (*Dando un brinco*). ¡Ay!
- ALF. Quiero que pida usted la mano de Blanca para mi mejor amigo Alfredo.
- PINI. Eso es imposible.
- ALF. Imposible. ¡Ay!
- PINI. (*Idem*). ¡Ay!
- ALF. Que la pide un moribundo.
- PINI. Pero es para un vivo, y yo también...
- ALF. Si no la pide usted digo su farsa.
- PINI. (*Asustado*). No, no; la pediré.
- SOL. ¿Qué dice?
- PINI. Delira.
- ALF. Uf, uf...
- SOL. ¿Pero qué dice?
- PINI. Que pida la mano de Blanca para su amigo Alfredo.
- ALF. ¡Ay! Sí.

- BLAN. Sí, mamá.
 SOL. Pero...
 ALF. Es mi última voluntad.
 SOL. Pero no es la mía.
 BLAN. Mamá, que lo pide en la agonía.
 ALF. Como que es mi única salvación.
 SOL. Y tu le quieres.
 BLAN. Con toda mi alma.
 SOL. Pues concedida.
 BLAN. Que alegría.
 PINI. (Me lucí.)
 ALF. Me vengué.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y PABLO.

- PAB. (*Sale precipitadamente con los versos en la mano. Todos retroceden y hacen cuadro.*) Me ha engañado P. Pi...
 TODOS. ¡Pablo!...
 PAB. (¡Abrete tierra!)
 PORT. El loco,
 ALF. *Consumatum est.* (*Estirándose.*)
 SOL. ¿Pero, quién es el de la cama?
 ALF. Soy yo, señora.
 BLAN. Mi novio.
 SOL. Pero, ¿qué farsa es esta?
 ALF. Señora, ha sido una extratagemata para conseguir la mano de Blanca.
 SOL. Es que así no la concedo.
 PINI. (Me alegre, me alegre...)
 ALF. Si no accede usted me moriré...
 BLAN. Y yo también. (*Llora.*)
 PAB. Y yo... (*Llora.*) Ya ve usted, tres muertes prematuras.
 ALF. Y esto será un cementerio.

- BLAN. Mamá...
- ALF. Doña Sol.
- PAB. Doña Sol, que salga el sol para todos.
- ALF. Compadézcase usted de estos Currinches.
- BLAN. Y de mí.
- SOL. Bueno...
- ALF. ¡Oh ventura, concedida la mano, ventura, ventura! (*Canta.*)
- SOL. ¿Pero que hacía aquí el doctor?
- PINI. (Salveme del ridículo)
- PAB. (Y las cien pesetas.)
- PINI. (Aquí están.)
- PAB. Es un amigo que ha venido á curar la monomanía de Alfredo.
- SOL. ¿Y lo ha conseguido?
- PAB. Ahora lo veremos. (*Al público.*)
 Aplauda por caridad.
 y así la dicha es completa;
 ésta es la mejor receta
 que cura su enfermedad.

TELÓN

Al veterano actor é inteligente director artistico

D. JOSÉ SUÁREZ

*le dan las gracias por el interés que se ha tomado al
ensayar esta obra, sus buenos amigos*

EDUARDO Y LUIS.

8 J

OBRAS DE EDUARDO MONTESINOS

- Anuncio*, música del maestro Mazzi.
El monaguillo de San Agustín, música del maestro D. Alberto Cotó.
M. G., música del maestro D. Alberto Cotó.
Doña Prudencia, monólogo.
Los enemigos del cuerpo (1), música del malogrado maestro D. Tomás Reig.
Boquerón, música de los maestros Catalá y Ruiz.
Majos y Estudiantes ó el Rosario de la Aurora, música del maestro D. Eduardo L. Juarranz.
Madrid-Colón (2), música del maestro D. Gregorio Mateos.
Los de Sevilla, música del maestro D. Angel Rubio.
Plaza partida (3), música del maestro Cotó.
El señor Pérez (4), música de D. Joaquín Valverde (hijo) y Estellés.
El desvergonzado.
El Niño de Jerez (5), música del maestro Zabala.
La sucursal del infierno (3), música del maestro D. Miguel Santonja.
Los veteranos (6), música del maestro Zabala.
La tahona (7).
La nieta de Don Quijote (8), música del maestro Santonja.
El cocinero de S. M. (6), música de los maestros Valverde (padre é hijo).
Los currinches (9), música del maestro Santonja.

OBRAS DE LUIS P. FRUTOS

- Trabajar para su daño*, juguete en un acto y en verso.
El 15 de Mayo (4) música de los maestros Arnedo y Calleja.
Los currinches (10).

- (1) En colaboración con D. Salvador María Granés.
(2) En colaboración con D. Enrique López Marín y D. Antonio Palomero.
(3) En colaboración con D. Daniel Banquells.
(4) En colaboración con D. Antonio Paso y D. Enrique García Alvarez.
(5) En colaboración con D. Antonio Paso.
(6) En colaboración con D. Gonzalo Cantó.
(7) En colaboración con D. Angel Vergara.
(8) En colaboración con D. Diego Jiménez-Prieto.
(9) En colaboración con D. Luis Pascual Frutos.
(10) En colaboración con D. Eduardo Montesinos.

Leoncio

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Señores Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta de Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Señores Simón y C.^a*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, Plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

C

A y
Cof